

GREGORY, M. S. SILVERS, A. & DUTCH, B. (eds.)  
*Sociobiology and Human Nature.*  
Josey Bass, 1979

BARLOW, G. W. & SILVERBERG, J. (eds.)  
*Sociobiology: Beyond Nature/Nurture?*  
AAAS Selected Symposium. Westview Press. Colorado, 1980

Estas dos compilaciones en torno a la sociobiología constituyen las actas de sendos *simposios*. El primero, organizado por NEXA, tuvo lugar en San Francisco en junio de 1977 y el segundo fue uno de los paneles de discusión de la reunión anual de American Association for the Advancement of Science, celebrada en Washington en febrero de 1978. La proximidad de estas dos reuniones a la publicación del libro de Wilson (dos y tres años de diferencia respectivamente) muestra el impacto que la sociobiología produjo en el mundo intelectual norteamericano y la capacidad de asimilación y de reacción de que éste ha hecho gala.

Como ocurre en todas las compilaciones de esta índole, el lector se ve confrontado a una galería de personajes y a una panoplia de opiniones y queda por su cuenta el sacar conclusiones. Naturalmente, éstas no son ajenas a la calidad intrínseca de las contribuciones, al talante expositivo de los autores y a una equilibrada proporción entre las consideraciones generales y la reflexión especializada. Digamos también que todo esto concurre a marcar las diferencias entre uno y otro *reader*. Mis preferencias se decantan, sin género de dudas, por el primero, *Sociobiology and Human Nature* de Gregory et al. Por él comenzamos nuestro recorrido.

Abren el fuego tres sociobiólogos: el propio E. O. Wilson, D. Barash y P. van den Berghe. El primero se muestra cauteloso y hay en sus líneas un deje de resentimiento (sin duda ante la resaca que su libro ha provocado). El segundo no aporta casi nada nuevo a su libro recién publicado, *Sociobiology and Human Behavior* (véase la recensión en este número),

como no sea una «justificación histórica» del tema y un escarceo de controversia. El tercero, en cambio, en su contribución «Tendiendo un puente entre paradigmas: biología y ciencias sociales» (pp. 33-52) adopta un tono desagradablemente altanero frente a los científicos sociales (¿quiere construir un puente para unir o para entrar a saco en el terreno de enfrente?). Su línea de argumentación es un exponente claro de lo que da de sí una perspectiva zoológica autosuficiente (la misma autosuficiencia que critica en los científicos sociales). Véase cómo discurre a propósito de las que él llama «tesis materialistas» sobre el comportamiento humano (son las que lo interpretan en base a los intereses egoístas afirmando además que las normas y los valores no son más que acuerdos convenientes o el resultado de formas superretorcidas de engañar): «Las escasas y reducidas prototeorías que “funcionan” en las ciencias sociales (según los cánones habituales de sobriedad explicativa, predictibilidad, reproductibilidad y demás) se basan en la premisa de que los individuos buscan su propio interés: son la economía clásica, el behaviorismo, la teoría marxista de las clases sociales, la teoría del intercambio (*exchange theory*) y la teoría de juegos. Las otras teorías en competición, el interaccionismo simbólico, el funcionalismo, la etnometodología, no son solamente más abstrusas y menos sobrias a la hora de dar explicaciones, sino que les falta el apoyarse en la realidad de los hechos. El único obstáculo para arrumbarlas definitivamente es que sus defensores están tan aferrados a sus intereses, que plasman sus “modelos” de manera que es totalmente imposible comprobarlos. Sólo una ciencia social, la economía, ha aceptado sin equívoco el incorporar el egoísmo de la conducta social humana como resultado neto de las decisiones que toman los individuos para conseguir beneficios máximos y minimizar las pérdidas. No es de sorprender que sea la única ciencia social que posea un paradigma teórico generalmente aceptado y lo suficientemente bueno como para que pueda ser utilizado por los políticos en las instancias del gobierno» (p. 40). ¡Sin comentarios!

Siguen luego una serie de contribuciones, a cual mejor, que exponen diversos puntos de vista, a veces apasionadamente, a veces con un cierto distanciamiento en torno al tema. Washburn y Beach, conocidos científicos en el campo de la antropología y de la sexualidad, respectivamente, critican sin rebozo el reduccionismo sociobiológico. La misma línea siguen, aunque desde posición diferente, los filósofos Searle, Grene y Schneewind. La exposición del primero la encuentro tan profunda como atractiva. D. Griffin, aunque es biólogo, adopta un punto de vista más propio de un psicólogo del ala cognitiva. Desarrolla la idea de que no es seguro que los llamados estados o actividades psíquicas (inteligencia, racionalidad, creatividad, intención, elección de objetivos, conciencia de sí mismo) sean pre-

dícables de la especie humana con exclusión de todas las demás. Su línea de argumentación se orienta a socavar el mecanicismo inherente al pensamiento biológico evolucionista aplicado sin matizaciones a la especie humana y, por lo que se ve, a otras especies que no son la humana.

Pero no todos toman aquí partido contra la sociobiología. Aparte de los tres representantes de la corriente ya citados, hay dos excelentes contribuciones, la del físico G. Holton y la del biólogo G. Hardin que rompen lanzas en pro de la sociobiología. (También K. Boulding la defiende, pero su artículo peca un poco de difuso.) Vaya por delante que ninguno de estos autores justifica ni aprueba las incursiones de la sociobiología en la especie humana. Holton parece concebir esperanzas en cuanto a la potencialidad de la sociobiología para constituir la *new synthesis* que proclama. Hardin, en cambio, la emprende a mandobles contra el grupo de Lewontin y contra los que deforman o caricaturizan la sociobiología por prejuicios ideológicos. El suyo es un apasionado alegato por la libertad de pensar y de expresarse en los científicos; no faltan, como es de esperar, alusiones a la intervención nefasta de la censura en la historia del pensamiento.

El panorama lo completan otras contribuciones. Una de J. Alper (del grupo de Ann Arbor, uno de los blancos de la ira de Hardin) sobre las implicaciones éticas de la sociobiología. D. Hull que, como señalo en la siguiente recensión (y por las mismas razones) nos depara otra particularmente amena y refrescante. Intervienen también J. Fuller, un conocido genetista y Wald, premio Nobel de Medicina. El epílogo de M. Gregory resume el panorama y consigue trabar con bastante acierto los cabos que han ido quedando sueltos a lo largo de los artículos que integran el libro. La extensión que éste alcanza y la distribución de las colaboraciones hacen su lectura amena y, a ratos, francamente apasionante.

El segundo libro, compilado por Barlow y Silverberg se abre con un ameno prólogo en que se nos narran, sin pudores académicos, las vicisitudes de la organización y de las discusiones del *simposium* (se nos cuenta, por ejemplo, que cuando Wilson tomó la palabra fue recibido *by a small mob screaming epithets*, p. XXV). La competencia de los participantes está, huelga decirlo, de acuerdo con el prestigio de los *simposium* de la AAAS y sus intervenciones fueron organizadas de manera que alternasen un biólogo (no necesariamente simpatizante con la sociobiología) y un científico social.

En sendas introducciones (o una introducción a doble vertiente) los compiladores, Barlow, zoólogo de Berkeley, y Silverberg, antropólogo de Wisconsin-Milwaukee, nos ofrecen su versión de la sociobiología. La de Barlow me ha parecido muy bien proporcionada y articulada a la par que

comedida; justamente lo contrario que la de Silverberg: larga, redundante y bastante difusa aunque con buenos momentos de inspiración (antiwilsoniana sin rebozos).

No voy a recorrer en detalle las partes del libro (seis) y los artículos (veintitrés) porque no quiero ser prolijo. Me limitaré a los que me han interesado y sobrevolaré sobre los restantes. La relevancia de un artículo para el lector proviene de las expectativas e intereses que alimenta y, en esta coyuntura además, de la posición (¿de los prejuicios?) que haya adoptado ante el debate sociobiológico. Una de las formas más elementales de violar estas expectativas es eludir el tema sociobiológico en su vertiente «debatible» y hacer una exposición estrictamente zoológica o etológica. Es lo que han hecho más de cinco y seis autores (biólogos todos ellos) de los que fueron «llamados a declarar». Otros —casi merecedores del mismo reproche— nos ofrecen su último trabajo de campo con un índice tan «sugerente» como: hipótesis, datos, población a estudiar, la hipótesis A frente a la B, la hipótesis nula, conclusión, resumen. Luego resulta que el artículo (W. Irons. «*Is Yomut social behavior adaptive?*») es interesante en conjunto pero casi exclusivamente para un público universitario bastante especializado en el tema. Por si fuera poco, su longitud excesiva hace ingrata su lectura. Casi diría lo mismo de la contribución de N. Chagnon. De todos modos, no se interprete esto como que una serie de colaboraciones de esta índole (y más en el contexto de la reunión de la AAAS) no debe incluir artículos especializados aun a riesgo de no interesar más que a un número restringido de lectores.

La conclusión general que brindo al lector potencial es que aquí encontrará dos series paralelas (las cuales, por definición, no tienen puntos comunes) de artículos en que los biólogos tienden a restringirse a los aspectos estrictamente técnicos de la sociobiología. Muy pocos de ellos han añadido consideraciones de índole humanística. Curiosamente, después del lujo de detalles y de anécdotas que los presentadores nos deparan en el prólogo, no nos explican cuál es, a su juicio, la razón de este escamoteo tanto más que, según nos dicen, dieron instrucciones bastante explícitas a los participantes.

La segunda serie de artículos (en alternancia con los de la primera) corre a cargo, salvo alguna excepción, de científicos sociales. Aquí sí que el tema recobra vida y atractivo. David Hull nos habla de la sociología de la sociobiología. Es un artículo repleto de ironía, buen humor y observaciones certeras. Arthur Caplan y Stephen J. Gould hacen honor a su merecida fama de polemistas. Su oposición a Wilson y a la sociobiología es rotunda (a veces «se pasan»). Sus argumentos son ilustrativos y dan pie a buenas reflexiones. En la misma línea incluyo a Eleanor Leacock. Steph-

nie Shields nos brinda un artículo cuyo título traducido libremente reza: «Teoría evolucionista y sesgos machistas de la ciencia.» Su contenido no necesita mayores explicitaciones.

Cierro la revisión confesando que la lectura del libro, aparte de ser pesada, me ha dejado un poso amargo. Me ha confirmado en la sospecha de que entre zoólogos y científicos sociales puede haber *confrontación de opiniones*, pero que al acantonarse unos y otros en su terreno y no buscar una zona común donde surja eso que llamamos comunicación, *no hay diálogo esclarecedor*. Y si esto no se logra, no sé hasta qué punto vale la pena hacer gemir las prensas para hacernos llegar más de 600 páginas que constituyen un magnífico monumento al «diálogo de sordos». El que adquiere un libro como éste busca ávidamente al menos las bases para una conversación interdisciplinar. (Para artículos especializados ya tiene las revistas del ramo.) Puede que se divierta viendo a los científicos sociales lanzar toda clase de invectivas a los sociobiólogos y disfrutar con su argumentación vigorosa. Puede que, al mismo tiempo, se sorprenda viendo cómo los zoólogos «van a la suya». Y, al final, acaba molesto porque los pocos antropólogos que podían haber hecho de árbitros de la situación hayan estado más preocupados por el academicismo de sus exposiciones que por lograr un acercamiento o una delimitación esclarecedora en esta vorágine de ideas.